

Memorias de una cubanita que nació con el siglo

Renée Méndez Capote

En realidad el gran espectáculo infantil de aquellos tiempos, era el circo.

Sólo había una Gran Compañía Ecuestre, la de los Pubillones, que se sucedían en la pista de abuelos a padres, a nietos y a sobrinos. Todos eran iguales. Todos reunían las características esenciales del Rey de la pista ecuestre. Eran altos, fornidos, elegantes dentro del frac bien cortado, sombrero de copa reluciente, flor blanca en el ojal, solitario de brillante en el dedo meñique, la larga fusta restallante en la mano derecha.

El mundo del circo se revestía de un prestigio enorme. La compañía era excelente. Pubillones traía los mejores números de Europa, Asia y África. La presentación era adecuada y lujosa, la banda bien nutrida, los tarugos bien alimentados y con la ropa limpia y bien entallada. El público se engalanaba de buen grado para las funciones circenses, que constituían el punto de reunión de lo más granado de la sociedad. Los domingos iban, invitados por los empresarios, los niños de la Beneficencia y de las escuelas públicas y animaban el teatro con sus exclamaciones. La temporada se daba en el Teatro Tacón. Para mí el vestido de terciopelo que me hacían todos los años estaba íntimamente asociado con el circo, porque era el que llevaba para el estreno y hasta tal punto va unido al recuerdo del circo de mi infancia el terciopelo y las lentejuelas, que cuando veo en las tiendas la tela de pelo suave y el rebrillar de los pedacitos de gelatina coloreada, que no faltaban nunca adornando los trajes de los maromeros, instantáneamente se me presenta Pubillones haciendo restallar su larga fusta antes de empezar a decir con voz que no necesitaba micrófono:

—¡Respetable públicooooo...!

A nosotros el circo nos abría un mundo de ensueños y ambiciones. Queríamos de todas maneras descoyuntar a Sarah y caminar en la cuerda floja. Hasta a los chinos que se colgaban de las trenzas y se lanzaban por un carrillo desde el paraíso al escenario, los envidiábamos. Yo, que le tenía respeto a los caballos, y pánico a las fieras, quería ser ecuestre y me enamoraba de los guapos domadores. Soñaba con vivir entre la gente de circo y con igualarme a la Bella Geraldina, imponente en su traje de luces y su sombrero de plumas, montada a la amazona en su percherón, blanco como la nieve, con orejas rosadas y ancas como una mesa. Mamá la admiraba mucho y había dicho: “Es una señora, esta artista.” Y yo pensé que yo bien podía ser otra señora ecuestre en el circo de Pubillones.

Volvíamos de las funciones callados, con los ojos fijos en nada y una sonrisa vaga en los labios. Nos sentábamos a comer en silencio y luego a la cama en la misma actitud hipnótica. Las voces que gritaban alegremente todos los días: “¡La

bendición, papá, la bendición, mamá!”, lo musitaban ahora como voces venidas de otro mundo. Y tardábamos en dormirnos, dándole vueltas en la imaginación al ambiente emocionante en que habíamos vivido unas horas en verdad inolvidables.

Al otro día por la mañana, después de la clase de inglés atendida a medias, corríamos la mesa del cuarto de estudio para un lado y poníamos en el suelo “el colchón del circo,” que había estado guardado todo el año. Agarrábamos a la chiquita y le retorcíamos los brazos y las piernas y procurábamos conseguir que pudiera darle vueltas a la cabeza, “como un sejú”.

—¡Cállate! ¡No grites, que no vas a estar descoyuntada nunca!

—Mira Ticticateírum, si logramos que tú le des la vuelta a la cabeza nos hacemos famosos.

Sarah soportaba estoicamente, hasta que ya no podía resistir más y empezaba a dar unos gritos que atraían a toda la casa, mamá la primera, que corría desalada a rescatar a su microbio.

—¡No seas idiota, Sarita! No te dejes atropellar por tus hermanos.

—Pero yo quiero descoyuntarme y ellos me están ayudando...

—Desnucarte es lo que van a conseguir. ¡Se acabó el circo!

Pero al día siguiente volvíamos a encaramarnos por turno en una soga amarrada de una ventana a la otra y tratando de mantener el equilibrio con una sombrilla abierta en cada mano. Y la tarde que vimos tirarse a un payaso con un paraguas de una escalera altísima, nos subimos al tejado de las caballerizas y nos tiramos para el suelo cada uno con su paraguas. Solamente, que ignorábamos que el payaso estaba sujeto al techo por alambres invisibles y nosotros realizamos el truco a mano limpia y de una altura suficiente para habernos roto las piernas.

Cuando en el cielo habanero apareció la estrella pálida al principio, de Santos y Artigas, nos indignamos. Nos parecieron impostores, traidores, intrusos. Nos produjo tal indignación el acontecimiento, que no queríamos ni que nos hablaran de la nueva Compañía ecuestre. Pero Leo Hevia encontró una fórmula que solucionó el conflicto, porque siempre era un circo más a donde ir. Llegó un domingo diciendo:

—Eugenio, Renée y Sarah, vístanse pronto, que papá nos va a llevar al pubillón de Santos y Artigas.

Una vez nacieron leoncitos en el circo. Eran tres primores que fueron presentados al público en una bandeja cada uno. Naturalmente, a nosotros nos nació el ansia, la ambición irrefrenable de tener un león.

Precisamente en aquellos días estábamos saturados de africanismo. Acabábamos de leer: “How I found Livingstone” y el “Informe de la Misión Marchand” en busca de las fuentes del Nilo. El continente negro estaba presente con sus peligros, su belleza amarilla y azul y su misterio.

Pedimos a papá con tanta vehemencia que nos comprara un león, que él, siguiendo su política educacional que consistía en dejarnos, en todo lo posible, escarmentar en la propia cabeza, consintió.

Preguntamos al circo si nos venderían un cachorro. Dijeron que una vez terminada la temporada, no tenían inconveniente.

Nos dedicamos a estudiar el león. Nos hicimos expertos en leones. Compramos una edición de Buffon todavía mejor que la que ya teníamos. Coleccionamos fotografías de leones y nuestro hermano mayor, a quien debíamos parecerle tres locos peligrosos, nos regaló, siempre caritativo, “The man eaters of Uganda”.

Alborotamos a todos nuestros amigos. Ya nos veíamos los domadores infantiles más famosos del mundo, del león más grande del mundo. El erudito opinaba que una fiera bien alimentada es más mansa que un perro. A mí eso no me tranquilizaba gran cosa, porque yo le tenía miedo cerval a los perros.

Le dedicamos el invernadero de mamá, donde ella cuidaba sus arecas y sus matas de orquídeas y allí en aquel ambiente fresco, delicioso, al que embellecía la gran mata de nísperos del Japón que crecía en medio, dando una sombra y unas frutas riquísimas y que extendía sus ramas sobre el techo de celosías, nos reuníamos con los iniciados a hablar libremente de nuestro deleitoso problema. Según Eugenio habría que comprarle una vaca diaria y darle muchos litros de leche. En la mesa de los niños no se hablaba más que de fieras, de viajes al África, de domadores célebres. Por aquella época yo me enamoré del domador inglés que había traído ese año Pubillones, que se llamaba el capitán Wilson, porque entonces todos los domadores eran capitanes, y que por cierto murió años después en Inglaterra, víctima de uno de sus leones africanos.

Papá y mamá, con su comprensión de todos los estados de ánimo infantiles, nos dejaban en libertad absoluta. Mientras tanto, el circo terminó su temporada con la habitual “tourné” al interior y los cachorros tenían ya sus tres meses. En ese tiempo, en verdad puedo decir que mis hermanos y yo fuimos los tres niños más valientes, dueños de la fiera más fantástica.

Por fin, un domingo por la mañana, papá pronunció las terribles palabras mágicas:

—Bueno, muchachos, hoy vamos a comprar el león.

Eugenio y yo palidecimos de una emoción y un susto que casi nos produce un desvanecimiento. Sarah dijo: “Yo no voy.”

Mandamos a buscar a todos los vecinitos y les dimos la sensacional noticia. Se reunieron en casa como veinte chiquitos, nuestros inseparables Hevia, y Pérez Martínez en primer término, y salimos como dos héroes en el coche, despedidos por un coro de recomendaciones, voces exaltadas y corazones acelerados.

En el camino accidentado y largo del Vedado a La Habana, papá nos miraba con sus ojitos azules iluminados por una risita indefinible. Nosotros lo acosábamos a preguntas cada vez más inquietas.

—Papá, ¿tú crees que habrá crecido mucho?

—Papá, ¿tú crees que tendrá la boca muy grande y las garras muy poderosas?

—Papá, ¿tú crees que comerá demasiado?

—Papá, ¿tú crees que peligrará la pajarera de mamá...? ¿Y las matas de orquídeas...?

—Yo no sé, hijos. Los expertos en leones son ustedes.

La última parte del trayecto la recorrimos en silencio espeso.

Sólo se oía el resonar de nuestros corazones, mucho más sonoro que los cascos de los caballos sobre las piedras sueltas de la calle.

Cuando llegamos al Teatro Tacón, la emoción nos doblaba las piernas. El coliseo a media luz, vacío, se veía enorme. El escenario desnudo, sin telón de boca, sin bambalinas, sin telón de fondo, ausente toda la magia de los decorados y las luces, nos resultaba un mundo desconocido, hostil y nada grato. Era la primera vez que entrábamos por otra puerta que no fuera la puerta principal y no teníamos la menor idea del reverso de la medalla brillante del mundo de la farándula. Los célebres hermanos tal y los famosos hermanos cual ensayaban sus actos para la función de despedida de la temporada, en grupos aislados de gente que sudaba en trajes deslucidos y sucios. Se nos presentaban como gente pobre que trabajaba muy duro para ganarse peligrosamente la vida. Nos pareció un abuso, una crueldad, una ofensa para su prestigio el que los hicieran ensayar sin luces, sin música, sin lentejuelas. El número más caro de Europa repetía una y otra vez su famoso salto de la muerte en el trapecio, el número que luego les pondría las manos frías a las mujeres y haría a los hombres apretar los dientes. Payasos sin pintura, sin gracia y sin risa, hacían gestos tontos que no nos decían nada. El gran malabarista jugaba en un rincón con muchas bolas blancas. Y en el fondo del antro, en un lugar oscuro, una escena indescriptible tenía lugar. Pedazos enormes de carne cruda, enganchados en el extremo de un pincho largo, eran introducidos en las jaulas donde los recibían gigantescos ronroneos y rugidos terribles de alegría bárbara. Nosotros oímos un triturar cósmico, como si el sol se estuviera merendando a las estrellas. Como si el universo entero se desplomara hecho pedazos. La sangre se nos heló en las venas. No decíamos nada, no podíamos decir nada.

Mi padre se interesó enseguida en aquello. Hablaba con Pubillones. Le exponía nuestra pretensión, mientras el empresario famoso, revestido de todos los prestigios, accedía encantado.

—Cómo no, doctor. Les vendo su león. Le daremos, eso sí, gran publicidad. Sus valientes muchachitos se harán célebres. ¡Que suelten los cachorros!

Los valientes muchachitos estaban convertidos en dos niños de granito, de diorita, del material más rígido, del menos plástico. Mi padre procedía como si no se diera cuenta de nada.

Los tres cachorros salieron de la jaula, ondulantes, poderosos, gigantescos, amenazadores, con las fauces ensangrentadas por la inocente carne cruda recién devorada. Tenían ya la marcha cadenciosa de los grandes y el tamaño de perros policías bien desarrollados.

Yo era una niña de famosos siete años, con estatura y peso bien en desacuerdo con la tabla médica. En un segundo me había trepado con ligereza de mona asustada hasta la misma cabeza de mi padre. El erudito desapareció como tocado por una varita mágica.

Papá se encantó con los leoncitos. Quería tocarlos, acariciarlos. Hizo lo indecible por librarse de la mole que le pesaba encima. Agotó todos los medios persuasivos para lograr mi descenso. Yo permanecí encaramada en mi refugio, agarrada a su cabeza desesperadamente, tratando silenciosa, aterrada, sombría, que mis pies no quedaran de ninguna manera por debajo de la línea de flotación salvadora de sus hombros. Al erudito lo buscaron por todos los ámbitos imaginables. Al fin recogieron a las fieras. Yo alivié a mi padre de mi peso y como por encanto, lo mismo que había desaparecido, apareció el erudito.

—Me distraje mirando una pizarra eléctrica y cuando vi que habían soltado a los leoncitos, quise salir de la caseta para verlos de cerca, y no pude, porque la puerta se había trabado.

Todo el largo trayecto de vuelta lo hicimos en silencio doloroso. Nuestros sueños de valor y aventura se habían desvanecido ante la cruda, la terrible realidad. Aunque papá nos había disculpado con Pubillones decorosamente, sin reírse, estábamos avergonzados y además, teníamos que enfrentarnos con los amigos que nos esperaban en casa.

De vez en cuando, mirábamos a papá con unos ojitos brillantes y adoloridos, húmedos por las lágrimas contenidas. Él no decía nada, nos dejaba aprender bien la lección. Pero cuando ya estábamos llegando, rompió el largo silencio angustioso y nos dijo con su voz cálida, consoladora, adorable:

—Está bien... está bien... Yo diré que no quisieron vendernos ninguno.